

Naiara Domínguez

La chica de Pablo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Naiara Domínguez Giner, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2016
Depósito legal: B. 570-2016
ISBN: 978-84-08-15098-5
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Su sonrisa me cautiva hasta el alma. Recorro centímetro a centímetro su rostro hasta llegar a su infinita mirada, en la que me veo reflejada. Su voz me envuelve y me acaricia elevándome al séptimo cielo. Mi corazón late como si no existiera un mañana.

Miro el reloj tras horas aislada en mi mundo. Las cuatro y media; demasiado tarde ya. Acciono el botón del ordenador para que su imagen desaparezca y, tras perderle de vista, bloqueo la pantalla dejando que su música siga regalándome los oídos. Me pongo en pie y avanzo hasta mi cama. Sobre ella reposa mi fiel compañera, Matilde.

Acaricio sus cuerdas, las duras y tensas cuerdas metálicas de la vieja guitarra que me regaló mi abuelo, y que me evade del mundo. La música siempre me ha ayudado, me acompaña en los buenos y en los malos momentos para celebrar u olvidar, según sea el caso, lo que me rodea.

Observo por última vez la ropa tendida sobre la cama y me dirijo al baño convenciéndome a mí misma de que es la perfecta. Me meto en la ducha dejando que el agua resbale sobre mi piel, devolviéndole la temperatura que el frío le ha robado. Me envuelvo en una toalla y regreso a la habitación consciente de que no puedo perder un segundo más.

Me llamo Marina, tengo diecinueve años y vivo en Barcelona. Soy la más pequeña de la familia, aparte de mis padres solamente tengo un hermano mayor, que más que un hermano es mi mejor amigo. Se llama Álex, me lleva diez años y es médico. Ya hace más de un año que está en África realizando su sueño: ayudar a los niños

con Médicos sin Fronteras. Por eso, en casa, solo estamos mis padres —Blanca y Álvaro— y yo. Mi madre es enfermera. Conoció a mi padre, que es notario, en el hospital cuando cuidaba de mi abuela.

Yo estudio Periodismo en una de las mejores universidades de la zona, aunque ello me cueste casi dos horas diarias de viaje. A pesar de que mi gran pasión siempre ha sido la música, desde que tengo uso de razón me fascina la radio. Me imaginaba las caras de los locutores que escuchaba y me divertía imitarlos con ese soniquete tan peculiar que hacen al hablar.

Pero mi vida entera gira en torno a la música...

Hoy es un día muy especial. No he podido pegar ojo en toda la noche, y llevo media mañana probándome ropa para intentar estar perfecta. Por fin ha llegado el día tan ansiado, la noche que llevo esperando un año entero. Hoy Pablo vuelve a Barcelona para cantar en el Palau de la Música y voy a verle con Claudia, mi mejor amiga.

Claudia y yo tenemos la misma edad y nos conocemos desde que éramos muy pequeñas, cuando vivíamos en el barrio de Sants e íbamos juntas al colegio. Luego, mis padres decidieron que nos trasladáramos a la zona alta de la ciudad y, casualmente, tras la separación de sus padres, su madre se vino a vivir cerca de mi nueva casa. Así que acabamos estudiando en el mismo instituto.

El caso es que, por culpa de Claudia, Pablo me encanta, me emboba, me encandila... Vamos, que me vuelve loca. En un principio, no quería ni oír hablar de él. Me horrorizaba todo lo que tuviera que ver con Pablo, el cantante de moda. Mi amiga y el mundo se rendían a sus pies. Sus canciones sonaban en todas las emisoras de radio, sus fotografías empapelaban las calles de la ciudad anunciando sus próximos conciertos...; era realmente abrumador. Pero, de pronto, un día todo cambió.

Había pasado la tarde en la biblioteca y llegué a última hora a casa. Cené algo rápido y me metí en la cama en busca de un poco de tranquilidad y descanso. Encendí la televisión y le vi. Era el invitado de aquella noche en *El hormiguero*.

Reconozco que lo primero que me pasó por la cabeza fue cambiar de canal, cualquiera me valía con tal de que aquella imagen

desapareciera de la pantalla. «Otra vez este...», pensé. Pero, por algún extraño motivo, su sonrisa me atrajo y seguí viendo la entrevista. Entonces sucedió: me cautivó con sus palabras, con su simpatía, con su ternura y con la sensibilidad que desprende al tratar con los demás, en especial con sus fans.

Bien, pues ha pasado un año ya de todo aquello y Pablo se ha tomado un tiempo de descanso. La espera se me ha hecho eterna, pero hoy por fin podré verle y escucharle en directo.

Claudia está mucho más acostumbrada a estas cosas. Aparte de seguir a otros artistas, como Antonio Orozco o Alejandro Sanz, conoció a Pablo justo cuando la carrera del gaditano despegababa. Había tenido la oportunidad de asistir a varias firmas de discos, encuentros y conciertos junto con el grupo de fans que habían formado en Barcelona. El cantante les había cogido cariño, y hablaba con ellas al terminar los eventos.

Pablo es atento, amable, dulce y cariñoso con las fans; o por lo menos eso es lo que dicen todas las afortunadas que han logrado tenerle delante.

Acabo de arreglarme y me miro al espejo tratando de domar mi cabello ondulado, que siempre se resiste a mis peinados. Un ligero toque de maquillaje y en mi bolso todo lo necesario para disfrutar de la noche. Me miro al espejo por enésima vez y el claxon del coche de mi amiga me alerta de que ya ha llegado. Bajo al salón a despedirme de mis padres, que acaban de volver del trabajo, y salgo de casa eufórica.

—¡Vaya, nena! ¡Pero si nos vamos de boda y no me he enterado! —me dice Claudia.

—¡Calla, boba! —le espeto entrando al coche y cerrando la puerta con fuerza.

—¡Eh, eh, tranquilidad! Que Pablo no me va a arreglar la puerta.

—Lo siento, estoy como un flan —me río sacando la lengua.

—No, si ya... —me dice, y arranca el coche.

Esperamos ansiosas en la puerta del Hotel Arts, uno de los mejores de la ciudad. Pablo todavía no ha salido de allí, al menos es lo que nos ha comentado el personal de seguridad, así que segui-

mos, pacientes, esperándole. Nos hemos encontrado con dos chicas más, a las que Claudia ya conoce y que me acaba de presentar.

Una se llama Mariela, es algo más joven que nosotras, morena, con un precioso cabello rizado y los ojos claros. La otra es Laura, que tiene nuestra edad, y, según Claudia, se parece a mí, pero la verdad es que yo no le encuentro parecido alguno.

Creo que nunca en mi vida había estado tan nerviosa como ahora. Las piernas me tiemblan y las manos me tiritan sin que pueda controlarlas, como si la temperatura fuera la de Siberia. Tengo la sensación de que voy a echarme a llorar en cualquier momento.

Me siento en una repisa para descansar un poco y noto la vibración del móvil dentro del bolso. Es mamá. Me acerco el teléfono al oído y me pongo en pie, me gusta caminar mientras hablo. Oigo los sollozos de mi madre.

—¿Qué pasa, mamá? —le pregunto cada vez más preocupada por su tono.

—El abuelo, cariño. El abuelo... Ven a casa.

—Vo-voy.

Sus palabras se me clavan como auténticos puñales, las lágrimas recorren mis mejillas sin que pueda evitarlo. Siento que desfallezco. Las piernas no son capaces de aguantarme; me duele el alma.

—¿Qu-qué ha pasado? —tartamudea Claudia al ver mi evidente estado de desasosiego.

—Mi abuelo —le digo negando con la cabeza.

Claudia se acerca y me abraza con fuerza.

—Venga, vámonos. Vamos a casa.

Oigo como Claudia explica a las chicas lo que ha pasado mientras camino hacia el coche. Sigo sin creérmelo. En estado de *shock*, ando como por inercia, guiada por el cálido abrazo de mi amiga.

Claudia me acerca en coche a casa. Mis padres no están, se han marchado al hospital para darle el último adiós a mi abuelo. Subo a mi habitación, sin ser consciente todavía de lo ocurrido. Me acurruco en la cama y ella me abraza con fuerza tratando de consolarme. Nunca había sentido tanto dolor. No había vivido ninguna pérdida todavía, y esta me ha llegado de golpe, sin esperarla.

Han pasado tres meses desde la muerte de mi abuelo. Pablo y su música me ayudan a aliviar el dolor, trato de refugiarme en ello.

Ando como alma en pena de casa a la facultad y de la facultad a casa. Me encierro todas las tardes en mi habitación. Duermo intentando soñar con él, tratando de no pensar en nada más. Veo sus entrevistas, sus fotos, sus actuaciones..., todo para intentar olvidar mi realidad. Claudia me visita todos los días, y aunque insiste en que debo salir y retomar mi vida, el recuerdo de mi abuelo me persigue a todas horas.

El abuelo era para mí alguien muy especial. Un hombre un tanto extraño, con mil y una manías, con un carácter extremadamente fuerte y, como muchos decían, un hombre solitario que pasaba el día sentado en el mismo punto de su adorado sofá. Mi abuela se desvivía por mi abuelo, para que todo estuviera a su gusto, mientras que él se limitaba a ver la televisión hora sí, hora también. Para toda mi familia era una persona demasiado quisquillosa y siempre le culpaban de la esclavitud de mi abuela. Era alguien que nunca compró un regalo para nadie, y que nunca tuvo un detalle bonito para su mujer o para sus hijas.

Pero cuando yo nací conectamos. Tal vez porque supe entenderle o porque la música nos unió. Me cuidaba por las tardes, junto con la abuela, mientras mi madre trabajaba. Jugaba conmigo o nos sentábamos a ver nuestras telenovelas favoritas. Luego, me preparaba la merienda, se sentaba a mi lado mientras comía y nos pasábamos horas charlando sobre música o sobre la vida. Me regaló la guitarra, mi querida guitarra, porque sabía cuánto deseaba tener una.

Por todo ello, que él haya dejado este mundo sin que pudiera despedirme me hiere el alma. Que su muerte haya sido tan rápida e inesperada me ha llevado a una especie de depresión de la que me está costando un mundo salir.

Por si su muerte no me afligiera suficiente, el hecho de haberme perdido el concierto de Pablo me desconsuela un poco más todavía. No volverá a Barcelona hasta mayo, en una de las últimas actuaciones de su nueva gira. Todavía quedan cinco meses para eso. Por suerte, Claudia pudo hablar con él al día siguiente del concierto: fue a verle al aeropuerto y le contó todo lo que había ocurrido. Él, apenado y sorprendido, escribió en una de sus fotos un mensaje para mí.

Sé que este es un momento muy difícil, yo lo viví hace poco, pero estoy seguro de que a tu abuelo le gustaría verte sonreír, allá donde esté. Espero verte pronto para darte el abrazo que te tengo guardado. Mucha fuerza.

P. D.: Siente el abrazo que te mando desde la distancia.

Pablo

Duermo abrazada a ese mensaje todos los días. Parece que es lo único que logra darme fuerzas para seguir con la rutina.

Un miércoles cualquiera vuelvo de la facultad. Llego a casa y dejo las cosas en mi habitación. La guitarra descansa sobre el alféizar de la ventana. Su presencia me agita. Su imagen me trae a la memoria, de nuevo, a mi abuelo. Bajo a la cocina a comer junto con mi familia y, en cuanto termino, me refugio nuevamente en mi cuarto. Cojo la foto, la aprieto contra el pecho y la beso por enésima vez. Me quedo dormida tarareando una de sus canciones, que suena en mi cabeza una y otra vez.

El ruido de la puerta me despierta horas después. Es Claudia.

—Marina —me llama acercándose a mi cama—. Es hora de despertarse ya, que son las cinco y no puedes pasarte la tarde en la cama —mientras habla, abre las persianas.

Achino los ojos cuando entra en mi habitación la luz de media tarde.

—Claudia, tengo sueño —musito.

—Marina, venga, levanta, que tengo una sorpresa para ti. Deja de hacer el vago —exclama tirando de las sábanas.

—Pues luego me lo dices —le contesto apática. Oigo cómo rebufa y se aleja.

—¡Mira, pero si es Álex González haciendo *footing!*

Doy un respingo al escuchar el nombre de uno de mis actores favoritos. Claudia suelta una carcajada.

—La madre que te... —le digo levantándome a regañadientes. Me pongo ante el espejo del tocador para arreglarme el pelo con una coleta—. ¿Y bien? —mi tono es un poco brusco. Me recojo la melena y la veo reflejada acercándose por detrás hacia mí.

—Pablo —osa pronunciar.

Alzo las cejas cual Carlos Sobera.

—¿Pablo?

—Ajá —sonríe—. Viene esta noche a una sesión de fotos. Se queda hasta mañana por la mañana y nos ha invitado a desayunar. Me ha llamado Mariela y me ha dicho que ayer les mandó un mensaje para vernos a las cuatro.

—¿A las cu-cua-cuatro? —balbuceo.

—Ajá. Mañana a las nueve en el Hotel Barceló, en la estación de Sants.

Le doy la última vuelta a la goma de la coleta y me siento de nuevo en la cama.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Tengo un examen a esa misma hora y dura dos horas, más el viaje de vuelta a Barcelona, otra hora y media extra. —Veo como cuenta con los dedos.

—Las doce y media.

—Exacto.

—Él se va a las doce. Su AVE sale a las doce.

Me recuesto en la cama y suspiro profundamente.

—Otra vez me quedo sin verlo.

—No puede ser. No puede ser... —repite nerviosa—. Tenemos que encontrar una solución.

—Pues venga, a ver, búscala —musito desilusionada.

Claudia camina de un lado para otro pensativa. Intenta encontrar una solución, pero la situación es irremediable. Yo tampoco soy capaz de ver ninguna. Se sienta a mi lado y pasa su mano alrededor de mis hombros.

—No es justo.

—Lo sé —le digo intentando esbozar una sonrisa para tranquilizarla.

—Volverá —me dice abrazándome.

—Claro. Claro que volverá. —Oigo mi propia voz dándole ánimos a pesar de la situación.

Pasamos la tarde entre canciones de Pablo y revistas de adolescentes un tanto trasnochadas para nuestra edad... Claudia se marcha y mi madre me sube algo de cena mientras acabo algunos deberes pendientes de la facultad. Cierro los libros y me acerco a la ventana para respirar aire puro. Me siento en el pequeño sofá que hay al pie de la ventana y, aunque hace frío, me quedo mirando al cielo unos minutos más.

¿Por qué, abuelo? ¿Por qué el destino se empeña en que no pueda verlo?

Creo que no pido tanto. Lo único que quiero es poder conocerle en persona y agradecerle todo lo que, sin saberlo, ha hecho por mí. Quiero mirarle a los ojos y ver cómo sonrío frente a mí.

Está de nuevo aquí, apenas a unos kilómetros de mí, y creo que nunca le he sentido tan lejos.